

La destrucción de lo otro: violencia feminicida y capitalismo gore en el México contemporáneo

The Destruction of the Other: Femicide Violence and Gore Capitalism in Contemporary Mexico

Héctor Manuel Cebreros Moreno*

Recibido: 14 de junio 2024

Aceptado: 8 de diciembre 2024

Resumen

Este artículo analiza la violencia feminicida en México desde una perspectiva histórico-social y psicosocial, situándola en el marco del *capitalismo gore* propuesto por Sayak Valencia. Partiendo de casos paradigmáticos —como los feminicidios de Ecatepec, San Quintín, Toluca y el perfil de un feminicida serial— se explora cómo la violencia extrema no es un simple exceso individual, sino una práctica inserta en un sistema que convierte los cuerpos en mercancía, mensaje y recurso de poder. Retomando las reflexiones de Georges Bataille y Michel Foucault sobre Gilles de Rais y Pierre Rivière, se problematiza el “mutismo institucional” que, lejos de garantizar justicia, reproduce impunidad y normaliza la violencia. El artículo propone entender la violencia feminicida como síntoma de la erosión del orden simbólico y político que debería proteger la vida, y no

únicamente como resultado de patologías individuales. En diálogo con Byung-Chul Han, Sayak Valencia y Yago Franco, se examina la producción de subjetividades ultraviolentas —los “sujetos endriagos” de Valencia— como resultado de la precarización económica, el hiperconsumo frustrado y la espectacularización mediática del crimen. Finalmente, se argumenta que enfrentar la violencia feminicida requiere un abordaje interdireccional que visibilice las redes estructurales, simbólicas y económicas que la sostienen, proponiendo marcos de acción orientados a la justicia, la autonomía colectiva y la reconfiguración de los imaginarios sociales.

Palabras clave: *Violencia feminicida; Capitalismo gore; Subjetividad; Mutismo institucional; México contemporáneo*

Abstract

This article examines femicidal violence in Mexico from a historical-social and psychosocial perspective, framed with Sayak Valencia's concept of gore capitalism. Drawing on paradigmatic cases —such as the femicides in Ecatepec, San Quintín, Toluca and the profile of a serial femicide— it explores how extreme violence is not merely an individual excess, but a practice embedded in

Cómo citar

Cebreros Moreno, H. M. La destrucción de lo otro: violencia feminicida y capitalismo gore en el México contemporáneo. *Constructos Criminológicos*, 6(10). <https://doi.org/10.29105/cc6.10-128>

*<https://orcid.org/0000-0003-3704-7665>
Universidad Complutense de Madrid

a system that turns bodies into commodities, messages, and instruments of power. Revisiting Georges Bataille's and Michel Foucault's reflections on Gilles de Rais and Pierre Rivière, the paper problematizes the "institutional mutism" that, rather than ensuring justice, perpetuates impunity and normalizes violence. Femicidal violence is approached as symptom of the erosion of the symbolic and political order meant to safeguard life, rather than as mere pathologies of deviant individuals. In dialogue with Byung-Chul Han, Yago Franco and Sayak Valencia, the article examines the production of ultra-violent subjectivities —Valencia's "endriago subjects" — arising from economic precarity, frustrated hyperconsumption and the media spectacularization of crime. Finally, it argues that confronting femicidal violence requires an interdirectional approach capable of unveiling the structural, symbolic, and economic networks sustaining it, thus proposing frameworks of action oriented toward justice, collective autonomy, and the reconfiguration of social imaginaries.

Key words: *Femicide violence; Gore capitalism; Subjectivity; Institutional mutism; Contemporary Mexico.a*

"El crimen es algo propio de la especie humana", escribe Georges Bataille a propósito de Gilles de Rais, el mítico mariscal francés que, cautivado por la determinación de Juana de Arco, se ofrecería a Carlos VII para comandar el asedio de Orleans, adquiriendo tras ello una fama y un poder notorios. "Y he aquí lo que ocurre —escribirá Marios Vargas Llosa en el prólogo a la edición en español— cuando un hombre tiene el poder suficiente para transgredir las prohibiciones de la ciudad, para violentar

las puertas del reino de la razón y dejar escapar al animal que lo habita". La historia es bien conocida:

"filas de niños secuestrados, sodomizados y degollados; orgías que dan vértigo; grotescas ceremonias de medianoche, en los claros del bosque, convocando al demonio" (Vargas Llosa, 1972)

Una historia de infamia, de brutalidad, pero ante todo, de la completa transgresión de todo precepto posible para el entendimiento de la vida misma. Y, sin embargo, pese a las cualidades individuales ampliamente exploradas, es también una historia de su época: "los crímenes de Gilles de Rais eran los del mundo en donde los cometía", puntualiza Bataille.

A propósito similar se abocará Michel Foucault en el conocido análisis del caso de Pierre Rivière, aquel joven campesino francés que se propuso dejar por escrito las motivaciones detrás de su crimen. Como en Bataille, la confesión del acto se convierte en un elemento protagónico que, a su vez, lo trasciende. Foucault (2002) lo aclara: nunca se trató de un análisis psicológico, psicoanalítico o lingüístico, sino de poner de manifiesto la maquinaria médica y judicial confeccionada alrededor del caso; en otras palabras, de revelar las dinámicas de poder propias de lo histórico-social. Lo asombroso del texto, puntualiza, radicaría en el "mutismo absoluto" en el que habría dejado a los especialistas, obligándolos a confrontar de nuevo aquel silencio que pretendían superar.

¿Nos encontramos hoy frente al mismo mutismo descrito por Foucault? Aquel propio de una máquina que, lejos de permitir profundizar en el complejo entramado de directrices que configuran esta serie de actos, los pretende silenciar al clasificar los “males de la época” en unos cuantos: los enfermos, los desviados, los monstruos; y no en la época misma: enferma, desviada y monstruosa que los produce. ¿No es eso lo que comparten ambos análisis, al hablar de aquello que —parafraseando a Yago Franco— no los causa ni los explica, pero de que alguna manera los atenúa y los permite?

El presente artículo tiene por objetivo interrogar ese mutismo en el contexto actual. Para ello, se propone un análisis del histórico-social contemporáneo a partir de hechos criminales que han trastocado la sensibilidad colectiva. Con ello se hace referencia a los más recientes casos de violencia feminicida acontecidos en México, con especial énfasis en el Estado de México —una de las entidades que registra los mayores índices de este tipo de violencia y presenta, al mismo tiempo, los niveles más altos de inseguridad y desigualdad.

Al mismo tiempo, se plantea un abordaje en el que el diagnóstico clínico, psicológico o psicoanalítico de los perpetradores quede relegado a un segundo plano. Con ello, se aspira a elaborar un diagnóstico interdireccional que ponga de manifiesto la íntima relación entre lo simbólico colectivo y lo inconsciente individual en la producción de un tipo particular de

subjetividad. Una subjetividad que — como anticipa Sayak Valencia— habría de inscribirse en los albores de un capitalismo cuya lógica adquiere la connotación de *gore*: un sistema en el que la violencia explícita e injustificada es utilizada como herramienta de necroempoderamiento.

MARCO TEÓRICO Y METODOLÓGICO

El presente artículo se inscribe dentro un marco en torno a los estudios críticos de la criminología y en el análisis psicosocial de actos criminológicos, con especial énfasis en la violencia feminicida. En este sentido, parte de la premisa del presente trabajo es que los crímenes no pueden comprenderse únicamente desde las motivaciones individuales, sino que deben plantearse en función de su relación con las condiciones histórico-sociales que los posibilitan y legitiman.

Como señala Castoriadis (1997): “No hay un ‘ser social’ separado de su historia ni un ‘ser histórico’ separado de su sociedad. La sociedad es, a la vez, histórica y social; instituye significaciones imaginarias y, a su vez, es instituida por ellas” (p. 198). Así, mediante esta perspectiva se busca analizar la violencia feminicida no como un conjunto de casos aislados, sino como el síntoma de un imaginario social que naturaliza la violencia y erosiona las condiciones para la autonomía y la vida colectiva.

Así, en función de una perspectiva crítica-criminológica, este trabajo adopta la postura planteada por Taylor, Walton &

Young (1973), para quienes “la criminología crítica busca situar el delito dentro de las relaciones sociales de producción, cuestionando las definiciones oficiales de criminalidad y las instituciones que las reproducen” (p. 3). En este sentido, a partir de esta mirada se pretende desplazar el foco del “desviado individual” hacia los contextos de desigualdad estructural y exclusión que configuran tanto las prácticas violentas como las respuestas institucionales.

En diálogo con Michel Foucault, particularmente con su análisis del caso de Pierre Rivière, se enfatiza el cómo la maquinaria institucional —judicial, médica y policial— no solo clasifica y administra los crímenes, sino que produce saberes y silencios que contribuyen a su invisibilización. Este “mutismo” institucional se reactualiza en la respuesta estatal a la violencia feminicida contemporánea: cifras incompletas, investigaciones deficientes y discursos oficiales que desplazarían la responsabilidad hacia las víctimas o hacia factores “culturales” descontextualizados.

Asimismo, se recupera la intuición de Georges Bataille, quien en *La tragedia de Gilles de Rais* (1972) puntualmente observa que el crimen, más que un desvío individual, sería la expresión de la transgresión y la desmesura de su época. Esta idea resulta clave para comprender la violencia feminicida como síntoma de un orden social que convierte la destrucción del otro en mercancía, mensaje y moneda de intercambio.

En este sentido, metodológicamente hablando, este trabajo empela un análisis cualitativo-interpretativo sustentado en tres dimensiones:

1. La revisión crítica de literatura académica y periodística sobre violencia feminicida en México;
2. La incorporación de casos paradigmáticos que visibilizan la convergencia entre factores individuales, imaginarios sociales y condiciones estructurales;
3. El diálogo con marcos conceptuales como el de “capitalismo gore” de Sayak Valencia y las nociones de producción de subjetividad, necroempoderamiento y sujetos endriagos, también de la investigadora tijuanaense.

Este enfoque mixto —teórico, documental y de análisis de casos— permite contextualizar la violencia feminicida dentro de un entramado sociohistórico y, al mismo tiempo, revelar los modos en que esta produce subjetividades específicas insertas en lógicas de consumo, exclusión y violencia. Así, este abordaje no pretende ofrecer perfiles psicológicos de perpetradores individuales, sino reconstruir las tramas simbólicas y estructurales que atraviesan la violencia feminicida, en aras de articular un diagnóstico interdireccional que ponga de relieve la íntima relación entre lo simbólico colectivo y lo inconsciente individual en la producción de un tipo particular de subjetividad. Una subjetividad que, en el contexto del *capitalismo gore*, encontraría en la violencia no solo una

práctica destructiva sino también una forma de poder y pertenencia.

EL CRIMEN Y LA SUBJETIVIDAD: DE GILLES DE RAIS A PIERRE RIVIÈRE

Los casos de Gilles de Rais y Pierre Rivière, analizados respectivamente por Georges Bataille y Michel Foucault, constituyen dos hitos en la reflexión moderna sobre el crimen. Más allá de su distancia histórica, ambos permiten pensar el acto criminal no como un mero fenómeno individual sino como una expresión situada entre tensiones sociales, simbólicas y políticas.

En el caso de Gilles de Rias, Bataille no solo reconstruye la biografía de un criminal mítico, sino que intenta mostrar la lógica histórica y simbólica que lo hace posible. El mariscal francés, héroe de Orleans junto a Juana de Arco, se convierte después en figura encarnada del horror: secuestro y asesinato sistemático de niños, ceremonias nocturnas, invocaciones demoníacas. Pero para Bataille estos crímenes no son únicamente actos individuales de perversión; son también el espejo de una época. “Los crímenes de Gilles de Rais eran los del mundo en donde los cometía”, escribe, subrayando que en la Francia del siglo XV confluyen poder político, impunidad feudal y una cultura religiosa obsesionada con la transgresión y el sacrificio.

La monstruosidad de Rais, entonces, no es solo suya: condensa en su cuerpo y en sus actos las tensiones y excesos de su tiempo. Bataille desarma así la ilusión

de que el crimen, incluso aún el más extremo, es un hecho “fuera de la historia”, mostrándolo como una expresión radical de las estructuras simbólicas, políticas y económicas que lo sostienen.

Por su parte, Michel Foucault se aproxima al caso de Pierre Rivière desde otra perspectiva pero con una inquietud similar. El joven campesino normando que en 1835 degolló a su madre, su hermana y su hermano redactó un extenso memorial explicando sus motivos:

“Yo, Pierre Rivière, habiendo degollado a mi madre, a mi hermana y a mi hermano, y con la intención de dar a conocer los motivos que me llevaron a la realización de esa acción, he escrito la vida que llevaron mi padre y mi madre desde el día en que se casaron” (Foucault, 2014, p. 53).

Ahora bien, Foucault no se limita a presentar este texto como un documento psicológico o psiquiátrico. Por el contrario, aquello que pretende analizar es el punto de articulación de un conjunto de discursos y prácticas de poder. Así, se permite reconstruir los informes judiciales, médicos, forenses y policiales que se entrelazaron en torno al crimen, mostrando cómo cada institución —tribunales, médicos alienistas, administradores locales del poder— elaboraron su propia “verdad” del acto.

En este sentido, más allá del horror del crimen, lo que interesa a Foucault es la manera en que el poder produce saberes para gestionar la anomalía: clasificarla,

diagnosticarla, encuadrarla en categorías jurídicas o psiquiátricas. En este proceso, la figura de Pierre Rivière se convierte en un “caso” antes que un sujeto, incluso su propia narrativa es absorbida por un dispositivo que pretende explicar y, al mismo tiempo, silenciar el acto.

De esta manera, Foucault logra visibilizar las relaciones de poder implícitas en la administración del crimen: el modo en que la justicia y la medicina colaboran para definir lo normal y lo patológico, lo imputable y lo inimputable. Esta maquinaria discursiva —jurídica, médica, psiquiátrica— lejos de iluminar plenamente las motivaciones del crimen, produce aquello que Foucault (2002) denominará como “mutismo”, es decir, una incapacidad estructural para interrogar las condiciones sociales y simbólicas que hacen posibles ciertas violencias. Así, la confesión de Pierre Rivière, que pretendía explicar su acto, termina evidenciando la forma en que los dispositivos de poder moldean y administran la subjetividad criminal.

Ahora bien, ambos casos convergen en una hipótesis central: el crimen no solo se constituye en función de la transgresión de las normas, sino que también se presenta como un espejo de la época que lo engendra. En Bataille, por ejemplo, el énfasis se encuentra en la fascinación y el exceso; en Foucault, en la producción institucional de saber y poder. En ambos, el acto criminal revela una fragil frontera entre lo permitido y lo prohibido, entre la razón y el deseo, entre lo humano y lo monstruoso.

Esta lectura histórica resulta fundamental para pensar las violencias contemporáneas. Si, como sugiere Yago Franco, el fenómeno *borderline* constituye una serie de manifestaciones clínicas producto de una crisis de sentido colectivo, los crímenes extremos —como los feminicidios— no deben leerse únicamente como meras desviaciones individuales sino como síntomas de un imaginario social que desborda su propia capacidad de autolimitación. Como lo describió Bataille:

“Gilles de Rais, más que ningún otro, debió de tener una capacidad de violencia recordarse el futuro de los Berserker. Además, tenía la costumbre de beber, utilizaba bebidas con el fin de agudizar la excitación sexual; en su caso, como en el de los bárbaros del pasado, de lo que se trataba era de rebasar los límites, de vivir soberanamente” (Bataille 1972, p. 65).

Así, el tránsito de Gilles de Rais a Pierre Rivière permite trazar un hilo que conecta la violencia ritualizada del pasado con la violencia desbordada del presente: ambas expresan, en distintos registros, la destrucción de lo otro como una posibilidad inscrita en el cuerpo y en los actos de una subjetividad de la época.

VIOLENCIA FEMINICIDA EN MÉXICO: CONTEXTO HISTÓRICO-SOCIAL ACTUAL

La violencia feminicida en México constituye hoy uno de los fenómenos más extremos y persistentes de la violencia de género en el mundo. Desde que el concepto

de *feminicidio* se consolidó en el ámbito jurídico y académico latinoamericano, se ha instituido en que no se trata únicamente de crímenes contra mujeres por razones de género, sino de la expresión más aguda de un entramado histórico de desigualdad estructural, impunidad y desposesión. En el caso mexicano, esta violencia no se limita a episodios aislados: forma parte de un continuum que va de la discriminación cotidiana a los asesinatos sistemáticos, pasando por redes de trata, desapariciones y complicidades institucionales.

El Estado de México ofrece quizá el ejemplo más paradigmático. Con una de las tasas más alta de feminicidios en el país, concentra también altos niveles de desigualdad socioeconómica, inseguridad y precarización laboral. De acuerdo con datos recientes de la *Encuesta Nacional de Seguridad Pública Urbana (ENSU)* del INEGI (2025), municipios como Ecatepec, Nezahualcóyotl y Toluca registran de manera sistemática algunos de los porcentajes más altos de percepción de inseguridad del país —superiores al 90% en el caso de Ecatepec—, evidenciando no solo la extensión territorial del problema, sino también la normalización social del miedo y la desconfianza institucional en la vida cotidiana.

En este sentido, el feminicidio no puede leerse únicamente como la suma de patologías individuales, sino como un síntoma de la erosión del orden simbólico y político que debería garantizar la vida. Tal como Foucault mostró con Pierre Rivière, la

maquinaria institucional —judicial, policial y médica— no solo clasifica y administra los casos, sino que a menudo contribuye a su invisibilización e impunidad. Este “mutismo” descrito reaparece en la respuesta estatal al feminicidio: cifras incompletas, investigaciones deficientes, discursos oficiales que desplazan la responsabilidad hacia las víctimas o hacia factores “culturales” descontextualizados.

Un ejemplo paradigmático de este mutismo lo ofrece el reportaje *“Jardines después del ‘Monstruo’”* de Carrión (2019), el cual relata cómo en la colonia Jardines de Morelos, en Ecatepec, se construye una vida diaria marcada por la desaparición de mujeres, miedo, precariedad y estigmatización. Vecinos y familiares narran cómo, aun después de la detención del feminicida serial conocido como “el Monstruo de Ecatepec”, las condiciones de inseguridad y desprotección persisten; cómo los espacios abandonados se convierten en dormitorios improvisados de desconocidos; cómo las madres deben convivir con el recuerdo de hijas desaparecidas y mutiladas, sin respuestas ni justicia. Este caso ilustra de manera vívida cómo el imaginario colectivo se ve atravesado por escenas de horror que devienen comunes, produciendo no solo víctimas, sino sujetos socialmente resignados, cuyas subjetividades portan la marca de un mutismo no solo institucional sino íntimo.

Esta persistencia también se observa en Ciudad Juárez. Como documenta Rosales (2023), a tres décadas de los

primeros registros formales de feminicidios en Chihuahua, madres y activistas han denunciado que las instituciones encargadas de atender la violencia contra las mujeres continúan simulando su trabajo, operando sin presupuesto y sin resultados efectivos. En este sentido, las instalaciones de “antimonumentas”, como las cruces en la Plaza Hidalgo, simbolizarían tanto la memoria de miles de mujeres asesinadas como la omisión histórica del Estado. Así, estas escenas de omisión y resistencia encarnarían la tensión entre memoria y desprotección, entre exigencias de justicia y reproducción del silencio.

A su vez, esta forma de violencia feminicida revelaría también una forma específica de necroempoderamiento, en los términos de Sayak Valencia. Así, el *capitalismo gore* que describe la investigadora se caracterizaría por una economía política en la que la violencia explícita, espectacular y a menudo injustificada funcionaría como recurso de poder y control. En este marco, los feminicidios no serían simples “excesos” de individuos desviados, sino prácticas insertas en un sistema que convierte la vida y el cuerpo —especialmente el cuerpo femenino— en mercancía, mensaje y moneda de intercambio.

Casos recientes permiten observar con nitidez esta lógica. En julio de 2025, el feminicidio de una adolescente de 13 años en San Quintín, Baja California, devolvió “el horror al noroeste” (Varela, 2025), mostrando cómo la violencia se extiende a territorios históricamente atravesados por la

desigualdad y desprotección institucional. De modo similar, el llamado “monstruo de Toluca” —un feminicida serial detenido en 2019 tras el hallazgo de varias víctimas en su domicilio— fue convertido en una figura mediática que conjugaba la monstruosidad de sus actos con la espectacularización del crimen (Brooks, 2019). En ambos casos, las violencias explícitas, espectaculares e injustificadas operaron como recurso de poder y control, inscritos en un sistema que mercantiliza el cuerpo y convierte el horror en mensaje.

Esta espectacularización conecta con algunos de los planteamientos que Byung-Chul Han hace en torno a la sociedad del rendimiento y la erosión de la alteridad. En *La expulsión de lo otro*, Han (2017) sostiene que en las sociedades contemporáneas “el otro” se habría reducido a un objeto de consumo, sexualizando y fragmentado en partes excitantes:

“El amor se positiva hoy como sexualidad, sometida al dictado del rendimiento. El sexo es rendimiento. Y la sensualidad es un capital que hay que aumentar. [...] El otro ya no es una persona, pues ha sido fragmentado en objetos sexuales parciales” (Han, 2017, p. 23).

Así, la violencia feminicida puede leerse entonces como un extremo de esta lógica: un escenario donde el cuerpo del otro —despojado de alteridad y convertido en objeto— se transforma en mercancía y espectáculo. En ambos casos, no solo los crímenes serían espectaculares; también

lo sería la narrativa mediática que los rodea, produciendo figuras monstruosas en tiempos igual de monstruosos.

Un último ejemplo que permite profundizar esta articulación entre lo psíquico, lo simbólico y lo estructural es el de Miguel “N”, también conocido como “el feminicida de Iztacalco:”. Según el perfil psicológico divulgado en *Milenio*, Miguel “N” creció con resentimientos familiares, sufrió violencia intrafamiliar, carencias afectivas, y vivió en un entorno en el que encontró en el acto violento una forma de descarga. No era alguien que siempre llamara la atención; se le describía como introvertido, con encanto superficial y con profesión técnica, lo que le permitía asumir roles de poder disfrazados. Este perfil ejemplifica cómo ciertos factores individuales convergen a su vez con los imaginarios sociales permisivos de violencia, de control simbólico, de dominio, pero ante todo de goce, en los cuales lo “otro” es reducido, abrumado y eliminado.

Esta convergencia remite de lleno al diagnóstico de Sayak Valencia. Para la investigadora, el capitalismo contemporáneo vendría a subvertir la lógica clásica del capital:

“La destrucción del cuerpo se convierte en sí mismo en el producto, en la mercancía, y la acumulación ahora es sólo posible a través de contabilizar el número de muertos, ya que la muerte se ha convertido en el negocio más rentable (p. 19).

Esta inversión convertiría a la violencia explícita —el necroempoderamiento— en una práctica de acumulación y de poder. En este sentido, la violencia feminicida no daría cuenta de un mero “desvío” individual, sino que se trataría de un dispositivo inscrito en un sistema que utilizaría a la vida, el cuerpo y la muerte como mercancía, mensaje y moneda.

En este marco, el *capitalismo gore* no solo surgiría de los elementos espectaculares de la violencia, sino que también lo haría desde la precarización sistemática y el desamparo social, en donde la economía en sí misma se transformaría en una forma de violencia. Así, esta forma de violencia no operaría únicamente de formas explícitas: se infiltraría en los cuerpos, envuelta en empaques publicitarios que gestionarían y acelerarían los deseos de consumo, produciendo frustración y, como reverso, agresividad y violencias explícitas.

En este contexto adquiere especial relevancia la reflexión de Félix Guattari citada por Valencia (2022): “La subjetividad no se sitúa en el campo individual, su campo es el de todos los procesos de producción social y material” (p. 69). Esta idea explicaría el por qué figuras como el “Monstruo de Toluca” o Miguel “N” no serían meras anomalías, pues encarnarían subjetividades producidas en redes de precariedad, espectáculo y necroempoderamiento que, al mismo tiempo, harían de estos “ídolos” mediáticos —el “gangster heroico” de las economías deprimidas— símbolos de una violencia sistemática que atravesaría por completo el tejido social.

Finalmente, el análisis psicosocial de estos casos permite ver cómo lo simbólico colectivo y lo inconsciente individual convergerían en la producción de subjetividades violentas. Al igual que en los ejemplos históricos revisados, la “destrucción de lo otro” no sería el resultado de un acto externo a la sociedad sino la puesta en escena de imaginarios compartidos que habrían perdido su capacidad de autolimitación. La violencia feminicida, en este sentido, resulta un síntoma de un imaginario social donde la vida puede ser desechada y la alteridad queda reducida a un objeto de goce y dominio. No obstante, no se trata aquí de un goce erótico del objeto, sino de su mero consumo a través de la destrucción total, en aras de neutralizar aquello que habría de percibirse como amenaza.

LA PRODUCCIÓN DE SUBJETIVIDADES VIOLENTAS

Si algo muestran los casos de Gilles de Rais, Pierre Rivière y los feminicidios contemporáneos es que la violencia extrema no surge en un vacío. Es el resultado de procesos de subjetivación inscritos en imaginarios colectivos que orientan deseos, afectos y prácticas. Desde esta perspectiva, el análisis psicosocial permite desplazar la mirada del “criminal” como anomalía, hacia las condiciones de producción de subjetividades violentas.

Así, en el contexto del *capitalismo gore* la violencia deja de ser únicamente un medio instrumental para convertirse en una

forma de poder, pertenencia y acumulación simbólica. La espectacularización de la crueldad —a través de medios, redes y discursos— transforma el acto violento en un recurso comunicativo que otorga reconocimiento y control. Así, el feminicidio no solo destruye vidas individuales, sino que reafirma una economía política donde la vida y el cuerpo son objetos de intercambio y mensaje.

En este sentido el anterior análisis permite comprender que el *capitalismo gore* no solo produce escenarios de violencia explícita, sino también formas específicas de subjetividad que encarnan y reproducen dicha violencia. Entre estas formas, su categoría de “sujetos endriagos” resulta clave. Tomado de la literatura medieval en particular del Amadís de Gaula —donde el endriago aparece como un monstruo híbrido de hombre, hidra y dragón—, el término describe a los nuevos sujetos ultraviolentos y demolidores del *capitalismo gore*, nacidos en territorios fronterizos y contextos de precarización extrema. Su fiereza, como la del monstruo literario, no sería el resultado de una mera anomalía marginal sino que se trataría de un síntoma de un orden social donde la violencia se habría vuelto un recurso de vida, trabajo y socialización.

Así, los “sujetos endriagos” emergerían en este entramado como un producto de la yuxtaposición entre el hiperconsumo y la exclusión. Mientras una parte de la población se bañaría en una atmósfera de consumo desbocado, otra conocería la degradación de su nivel de vida, de las

privaciones esenciales y la humillación del socorro estatal; el infierno, señala Valencia, no sería la espiral interminable del consumo sino el subconsumo en medio de las tentaciones multicolores del propio hiperconsumo. Ante esta frustración estructural, la violencia se transformaría en herramienta de empoderamiento y una forma para la adquisición de capital: un modo de subsistencia y de autoafirmación masculina frente a la precarización laboral y la pérdida del rol tradicional de proveedor.

Esta subjetividad endriaga combinaría, según Valencia, una “lógica de la carencia y lógica del exceso, pulsión de odio y estrategia utilitaria” (p. 98). Es decir, no se correspondería con el individualismo del triunfador ni tampoco con el individualismo victimista, sino con un “individualismo salvaje” que buscaría modos de acción ilegítima para exorcisar la imagen de víctima. De ahí que la violencia no solo se ejerza sino que también se consuma como mercancía, dirigida incluso a clases medias y privilegiadas en forma de violencia decorativa, mientras que los sujetos endriagos vendrían a encarnar su contracara: quienes estrechan los márgenes entre consumo y poder adquisitivo conseguido mediante la violencia.

Esta descripción converge con la perspectiva clínica y social que Franco (2017) desarrolla en torno al paradigma *borderline*, en donde observa un arco que iría del retraimiento y la autosatisfacción a la indiferenciación del objeto —convertido en desechable, en un objeto de pulsión

de muerte— visible en fenómenos como el feminicidio, la esclavización laboral, la trata de personas o el abuso infantil. Para el psicoanalista argentino, estas expresiones no se explicarían de manera aislada, sino que se alimentarían al estar en alianza y conjunción con determinaciones sociales: la porosidad de los límites entre la pulsión, el yo y el objeto conduciría a que el acto mismo adquiriese primacía sobre la palabra, transformándose en señal desencadenante de acciones más extremas.

Desde esta perspectiva, los “sujetos endriagos” representarían una subjetividad capitalística filtrada por condiciones globalmente precarizadas y agenciamientos ultraviolentos. Son, en términos foucaultianos, puntos de conexión directa entre “las grandes máquinas productivas, las grandes máquinas de control social y las instancias psíquicas que definen la manera de percibir el mundo” (Valencia, 2022, p. 101). Así, lejos de hablar de monstruos externos al sistema, encarnarían una lógica interna que haría del cuerpo y de la violencia una mercancía, del necroempoderamiento un recurso, y del espectáculo un modo de reconocimiento social.

DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

La revisión de casos y marcos teóricos presentada a lo largo de este trabajo revela que la violencia feminicida no puede reducirse a un fenómeno marginal ni explicarse únicamente en términos de patologías individuales. Al igual que en los análisis de Bataille y Foucault

sobre Gilles de Rais y Pierre Rivière, los feminicidios contemporáneos son, antes que nada, crímenes de su época. Son actos que condensan en su forma más extrema las tensiones, imaginarios y condiciones materiales de la sociedad que los produce.

Así, desde una perspectiva psicosocial resulta posible interrogar el mutismo institucional y social que rodea a estas violencias. Como muestran los casos de Ecatepec, Ciudad Juárez o San Quintín, la detención de perpetradores no modifica las estructuras que sostienen la precariedad, la inseguridad y la impunidad. La maquinaria judicial, mediática y policial actúa más como un dispositivo de clasificación y normalización —“monstruos” individuales, “casos aislados”— que como una instancia capaz de cuestionar las dinámicas estructurales de producción de la violencia.

En este sentido, la noción de *capitalismo gore* de Sayak Valencia ofrece directrices para la configuración de un marco conceptual que permita comprender este tipo de fenómenos. En esta economía política, la violencia explícita se convierte en recurso de poder y mercancía; la destrucción del cuerpo, en espectáculo rentable. Los casos analizados —del Monstruo de Toluca al feminicidio de San Quintín, pasando por Miguel “N”— no son excepciones aberrantes sino síntomas de una lógica económica y simbólica donde la vida, el cuerpo y la subjetividad femenina se transforman en mensajes, monedas y territorios de control.

En este contexto, la categoría de “sujetos endriagos” resulta especialmente esclarecedora. Estos sujetos no son marginales sino producto del propio sistema, encarnaciones de una subjetividad capitalística que combina precarización, exclusión, frustración y estrategias violentas de autoafirmación. Lejos de ser “anormales” externos a la sociedad, los endriagos son figuras del presente: trabajadores de la violencia, emprendedores del crimen, consumidores y productores de la espectacularización del dolor ajeno.

La perspectiva clínica de Yago Franco complementa este análisis al mostrar cómo estas formas de violencia expresan una alianza entre determinaciones sociales y modos de ser del psiquismo humano. La indiferenciación del objeto, la primacía del acto sobre la palabra y la imposibilidad de simbolizar la pérdida son rasgos que atraviesan tanto a la clínica borderline como la subjetividad endriaga.

En conjunto, este recorrido permite cuestionar la tendencia a individualizar la violencia feminicida y desplazarla al terreno de la monstruosidad excepcional. Tal como señala Foucault, el mutismo institucional no solo busca silenciar a las víctimas, también lo pretende alrededor de las estructuras que los producen. Nombrar este mutismo, visibilizarlo y vincularlo con las lógicas de acumulación y necroempoderamiento es un paso fundamental para la construcción de diagnósticos interdireccionales que articulen lo psíquico, lo simbólico y lo estructural.

Finalmente, enfrentar la violencia feminicida en el contexto mexicano del *capitalismo gore* no puede limitarse a respuestas punitivas o a diagnósticos individuales. Implica repensar la producción de subjetividades, interrogar los imaginarios que legitiman el consumo de la violencia y construir prácticas y políticas sociales que restituyan la alteridad y la dignidad del otro. Solo así será posible transformar no solo los efectos sino las condiciones mismas que sostienen la destrucción de lo otro en nuestra época.

TRABAJO CITADOS

- Bataille, G. (1972). *La tragedia de Gilles de Rais (El verdadero barba-azul)*. Tusquets Editores.
- Brooks, D. (2019, 12 de diciembre). *El Monstruo de Toluca: Quién es Óscar García Guzmán, el feminicida que estremeció a México*. BBC News Mundo. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-50764903>
- Castoriadis, C. (1997) *La institución imaginaria de la sociedad*. Tusquets Editores (Original: *L'institution imaginaire de la société*, 1975).
- Carrión, L. (2019, 5 de abril). *Jardines después del "Monstruo"*. Pie de Página. <https://piedepagina.mx/jardines-despues-del-monstruo/>
- Fernández, R. M. (2013, 10 de enero). *Feminicida de Iztacalco: Perfil psicológico de Miguel "N"*. Milenio. <https://www.milenio.com/policia/feminicida-de-iztacalco-perfil-psicologico-de-miguel-n>
- Foucault, M. (2014) *Yo, Pierre Rivière, habiendo degollado a mi madre, a mi hermana y a mi hermano... Un caso del parricidio del siglo XIX presentado por Michel Foucault*. Tusquets Editores (Original publicado en 1973).
- Foucault, M. (2002). *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. Siglo XXI Editores Argentina. (Original publicado en 1975).
- Franco, Y. (2017). *Paradigma borderline: De la afánisis al ataque de pánico*. Lugar Editorial.
- Han, B.-C. (2012). *La sociedad del cansancio*. Herder.
- Han B.-C. *La expulsión de lo distinto: Sociedad, percepción y comunicación hoy*. Herder.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INGI) (2024). *La medición del feminicidio en México*. En *Números. Documentos de análisis y Estadísticas* (28).
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). (2025, 24 de julio) *Encuesta Nacional de Seguridad Pública Urbana (ENSU)*, Comunicado de prensa 7825: Percepción de inseguridad pública, 2do trimestre de 2025. INEGI. https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2025/ensu/ENSU20205_07.pdf
- Lagarde, M. (2006). *El feminicidio, delito contra la humanidad*. Cámara de Diputados.
- Monárrez, J. (2009) *Trama de una injusticia: Feminicidio sexual sistémico en Ciudad Juárez*. El Colegio de la Frontera Norte.
- ONU Mujeres. (2020). *La violencia feminicida en México: Aproximaciones y tendencias*. ONU MUJERES Mexico.
- Rosales, O. (2023 a 23 de noviembre) *A 30 años de feminicidios en Chihuahua, madres y activistas denuncian trabajo simulado de las autoridades*. Pie de Página. <https://piedepagina.mx/a-30-anos-de-feminicidios-en-chihuahua-madres-y-activistas-denuncian-trabajo-simulado-de-las-autoridades/>
- Taylor, I., Walton, P., & Young, J. (1973). *The New Criminology: For a Social Theory of Deviance*. Routledge & Kegan Paul.
- Varela, M. (2025, 9 de julio). *El descuartizamiento de una adolescente de 13 años en Baja California devuelve el horror al noroeste*. El País. <https://elpais.com/mexico/2025-07-09/el-descuartizamiento-de-una-adolescente-de-13-anos-en-baja-california-devuelve-el-horror-al-noroeste.html>
- Valencia, S. (2022). *Capitalismo gore* (2da ed.). Paidós.
- Vargas Llosa, M. (1972). *Prologo* En: G. Bataille (1972) *La tragedia de Gilles de Rais (El verdadero barba-azul)*. Tusquets Editores.

Héctor Manuel Cebreros Moreno

Afiliación: Universidad Complutense de Madrid

Es Licenciado en Psicología por la Universidad Nacional Autónoma de México. Cuenta con Máster Universitario en Psicoanálisis y Teoría de la Cultura por la Universidad Complutense de Madrid, donde actualmente es investigador predoctoral en el Departamento de Psicología Social y Antropología Social de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología